DON AGAPITO

Antonio Lorente Ruiz

DON AGAPITO

UNA HISTORIA SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS, SOCIALES Y EDUCATIVOS DE LA ESPAÑA CONVULSA, DURA Y APASIONANTE ENTRE LOS AÑOS 1909-1991

Antonio Lorente Ruiz

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2023
© Antonio Lorente Ruiz, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-21-1
IBIC: HBT
Depósito legal: M-16402-2023

A Elvira del Olmo, muy amada hija de don Agapito

A Mari Carmen, mi esposa, por el tiempo que le he robado

NOTA DEL AUTOR

Esta narración no constituye una novela, sino una historia novelada, que no pretende ser histórica en su conjunto, ni siquiera un tratado de instrucción pública o política, pero sí biográfica.

La mayoría de los hechos coinciden con la realidad, pero muchos son imaginación del autor.

1

El joven Agapito se despierta y puede ver, con los ojos casi cerrados, pues la luz le ciega, que el sol llena su dormitorio. Un dolor sordo late entre sus ojos. Su cara está cubierta por el sudor. Aunque es temprano, casi las siete de la mañana, hace calor. Se había acostado tarde el día anterior, pues era, en el pequeño pueblo manchego de Alcubillas, el último día de las Ferias de Agosto de 1928 (miércoles, día 15, día de la Asunción de la Virgen) y había estado hasta última hora de la noche anterior en la verbena popular con sus amigos. Madrugar es un comportamiento habitual en él, ya que, durante toda su corta vida, desde que tenía uso de razón, se levantaba y se acostaba con el sol, tanto para ir a trabajar al campo durante unas horas y, más tarde, a la escuela en período escolar como para ir exclusivamente a realizar faenas agrícolas y ganaderas en los días de vacaciones.

Su padre, Pedro del Olmo, había sido bracero del campo, analfabeto e hijo y nieto, a su vez, de campesinos de la misma condición.

Presumiblemente, su madre, Juliana Collado, viuda de Pedro del Olmo, había entrado en el dormitorio para correr la cortina de la ventana que daba a levante. Ahora, podía oírla al otro lado de la puerta, al final de la escalera, en la planta baja, donde estaba la cocina, moviendo cacharros; seguramente, preparando el desayuno.

Permanece un rato en la cama de su dormitorio. Éste, uno de los tres de la planta alta que da al patio, orientado a la salida del sol; los otros dos dormitorios, que dan a la calle, mirando a poniente, los ocupaban uno, su madre y su hermana pequeña, Gaudencia y el otro, sus hermanas de más edad, María y Pilar, pero ambas menores que él.

A los dormitorios se accede mediante una escalera que parte de la cocina, en la planta baja, dicha cocina con un gran hogar en donde se enciende leña para cocinar y para calentarse en los fríos inviernos manchegos. A cada lado de la chimenea del hogar hay lejas de obra, en donde descansan los cacharros de cocina; contra la pared de la izquierda se alzaba un platero. Desde la calle, por la puerta principal, se entra en una amplia entrada, que sólo ocupan cuatro sillas de madera con asiento hecho con anea. La puerta

a la izquierda de la entrada da a una habitación que sirve de almacén y despensa. Desde la entrada, se llega directamente, por una abertura de medio punto, sin puerta alguna, a la cocina. El hogar se encuentra a la izquierda de la estancia, en el centro se puede ver una mesa grande de madera rodeada por seis sillas, también éstas de madera, con asiento de anea.

Cruzando la cocina, desde la entrada, enfrente, una puerta de doble hoja horizontal (pudiéndose abrir ambas hojas al mismo tiempo o, si se quiere, solamente la superior para mirar hacia el exterior) a un patio, más bien un corral, que comunica directamente con la cocina. Nada más salir al corral, a la izquierda, se sitúa un largo banco con respaldo hecho de ladrillos, a cuyos lados nacen sendas parras de uva de mesa; a dos metros del mismo se sitúa una enorme pila de lavar construida de granito. Al salir al corral, a la derecha, queda la leñera y a su lado, a unos pocos metros de ésta, un horno de leña. Más allá, a quince o veinte pasos, se encuentran la cuadra, con la puerta siempre abierta, que se utiliza para entrar o salir a su antojo una única cabra que, más bien, vive en el patio, un gallinero con un gallo y unas cuantas gallinas ponedoras, de donde diariamente se recogen huevos, y una conejera con unos pocos conejos que normalmente son sacrificados para comidas en días muy señalados, o se utilizan como producto, igual que los huevos, para trueque con otros productos de necesidad. Delante del gallinero hay una frondosa higuera, antes de llegar a la cuadra se ubica el retrete de la vivienda. En el centro del corral, se alza un castillete que cubre el aljibe de agua, procedente de la lluvia, que —desde los tejados de la vivienda y de los que cubren la cuadra, el gallinero y la conejera— se canaliza por una acequia subterránea cubierta hasta el aljibe, al que se accede, para sacar agua, por una ventana de madera de aproximadamente un metro, con su base encima de un poyete separado algo más de un metro del suelo. En el interior del castillete, de un gancho fijado en el techo, pende una garrucha sobre la que se desliza la cuerda de la que, en uno de sus extremos, está atada el asa de un cubo metálico que se deja caer hasta el nivel del agua y que, una vez lleno, se elevaba tirando de la cuerda. En el patio, en la zona de la derecha, existe una gran puerta de madera para entrada y salida de animales y carruajes.

La vivienda fue cedida, gratuitamente, por el terrateniente para quien trabajaban los padres de Agapito cuando éstos se casaron. En ella habían nacido todos los hermanos. Cuando, desgraciadamente, murió el padre de Agapito, se le permitió seguir viviendo allí al resto de la familia Del Olmo Collado.

* * *

Recostado, mirando al techo, Agapito recuerda que ya han pasado cuatro meses desde que volvió de Ciudad Real. Fue el pasado mes de abril, una vez terminada la carrera de Magisterio; hoy toca volver para preparar las oposiciones fijadas para el lunes, día 3 de septiembre. Han sido cuatro meses de trabajos duros como jornalero en los campos, acciones necesarias para ayudar económicamente a su madre y hermanas, así como para sus necesidades hasta que apruebe las oposiciones y obtenga su primer sueldo como docente. Por fin, se tira de la cama y se pone en pie, se viste, sale del dormitorio, baja la escalera y, de camino al retrete, que está en el patio, se tropieza con su madre en la cocina.

—Buenos días, madre. ¿Está usted haciendo el desayuno?

—Sí, cariño, eso intento.

Juliana, viendo a Agapito apesadumbrado, le pregunta:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, me encuentro bien, con alguna falta de sueño, pero muy bien, madre. Ya sabes que no estoy acostumbrado a trasnochar y anoche volví tarde.

—Bien sabes que hoy te marchas para la capital. Sé que querrás despedirte del pueblo y de algunos amigos. Mas procura no retrasarte y volver a comer antes de las dos, pues debes estar preparado y listo para que no pierdas el coche de línea y aún nos queda por preparar tu equipaje.

—No perderé el coche, madre, pues éste, procedente de Infantes, no llegará a Alcubillas hasta después de las seis de la tarde. Sobrará tiempo —dijo sonriendo Agapito.

La pobre mujer jamás se ha acostumbrado a ver a su hijo abandonar, una y otra vez, el hogar durante los últimos cuatro años. Desde que Agapito comenzara sus estudios de Magisterio en Ciudad Real, sólo regresaba en Navidad, Semana Santa y verano. Esta ocasión ha sido, desde entonces, la que más tiempo ha permanecido en Alcubillas, ha estado cuatro meses, desde abril en que se había examinado de reválida y, en consecuencia, acabado la carrera de Magisterio. Ahora, tiene que volver a la capital para algo tan importante para él y toda la familia como opositar para una plaza de maestro en una escuela nacional.

Cuando sale del excusado, Agapito cruza el patio para echar un vistazo al gallinero y a la conejera; luego, desanda sus pasos, pero echa en falta la cabra que suele permanecer suelta en el patio. Sin embargo, como no ha oído a sus hermanas, supone que las dos mayores, María y Pilar (dieciséis y catorce años, respectivamente) ya han marchado a trabajar al cortijo de don Alfonso Rodríguez y Ponce de León, latifundista, y alcalde, por ese tiempo, de Alcubillas. Mientras que la cabra, supone, la habría llevado la pequeña Gaudencia, de siete años (cumpliría 8 en noviembre) a pastar algunos yerbajos en el campo y recoger otros para echarlos a los conejos.

María y Pilar volverían hoy, normalmente comían en el cortijo de don Alfonso, para la hora del almuerzo para, así, comer con su hermano el día de su marcha. Gaudencia volvería, huyendo del sol, en cuestión de dos o tres horas, y ayudaría a su madre en las labores del hogar, labores que, no se sabe cómo, nunca acababan del todo.

Agapito se dirige a la pila de lavar, junto a la puerta de entrada a la casa, desde el patio a la cocina. Se asea de cintura para arriba con el agua que ha sacado del pozo y que ha vertido en un lebrillo situado sobre la pila, se seca con una toalla tendida sobre un cordel utilizado como tendedero, vuelve a tenderla y, a continuación, entra en la cocina.

Comprueba que su madre ya ha encendido el hogar con leña de la apilada en la leñera del patio. Seguro que lo hizo recién levantada, y una vez ordeñado la cabra, había puesto al fuego el puchero de barro que contenía la leche y del que habría estado pendiente para apartarlo del fuego cuando empezara a hervir, evitando, así, que se derramase el líquido blanco sobre el fuego.

Poco después, sentados a la mesa, en la cocina, proceden a desayunar delante de sendas tazas de leche, un buen trozo de queso en aceite, una hogaza de pan moreno, unos pocos mantecados, una fuente con fruta del tiempo, concretamente melón y brevas (éstas cogidas esa misma mañana por María y Pilar de la higuera del patio), una aceitera, una vinagrera, un salero, un porrón con vino y un botijo de barro con agua.

Mientras toman los alimentos, Juliana se dirige a su hijo diciéndole:

—Sabes, Agapito, hijo mío, que no me acostumbro a tenerte lejos de aquí, la casa parece vacía cuando te vas, pero me alegro por ti, por lo que has conseguido. Aquí, en Alcubillas, apenas se puede vivir, aunque te enlomes trabajando.

—Lo sé, madre. ¡Cuánto me gustaría que me acompañaran todas, usted y mis hermanas! Pero, de momento, no puedo, ya que aún tengo que hacer la oposición y, en consecuencia, suponiendo que apruebe, desconozco donde me concederán la escuela y posiblemente no será en propiedad. Cuando todo esto se aclare, lo arreglaré para que vengan a vivir conmigo.

»Mientras tanto, usted le hace más falta aquí a mis hermanas. Las pobres trabajan como mulas por unos céntimos al día y necesitan de su compañía y de sus cuidados, sobre todo, la pequeña Gaudencia. Al fin y al cabo, excepto en los veranos y otras vacaciones, desde hace cuatro años, teniendo tan sólo quince años, he vivido lejos de aquí. Y, además, quiero ganarme la vida como maestro, realmente con un sueldo pequeño, pero es la profesión que me gusta. Tengo que esperar a obtener una plaza en propiedad en cualquier pueblo o ciudad, lo que supondrá un sueldo algo mejor. Precisamente, hoy voy a la capital para iniciar el proceso que me lleve a enterarme de cuál será mi destino como maestro y, en consecuencia, planificar el futuro; pero antes tendré que aprobar las oposiciones que son dentro de quince días.

Mientras tanto, no se preocupe, en cuando obtenga una plaza en propiedad vendrán todas a vivir conmigo.

Agapito no quiso contarle que su idea era solicitar, en caso de aprobar la oposición, una plaza de maestro en la capital de España, en Madrid, aunque lo veía como una utopía, a pesar de su magnífico expediente académico y las posibles buenas calificaciones que esperaba obtener en la oposición.

—¿Quién lo iba a decir? ¡A los 18 años! ¡Mi hijo Agapito, maestro de escuela! ¡Qué digo, Agapito, ahora, ya, don Agapito! —exclama, en voz alta, Juliana.

Agapito, dada su timidez, no puede evitar sonrojarse al oír las palabras de su madre.

A continuación, su madre le habla con dulzura:

—¡Cuánto has trabajado, te has esforzado y sacrificado! Sin duda, te mereces todo el bien que consigas. Estoy muy orgullosa de ti. Pero, sobre todo, lo estoy de ver la persona que eres. Bueno, honrado, educado, responsable, desprendido, sensato, amable, cariñoso, alegre, jovial, complaciente, agradecido, un gran hijo, un estupendo hermano y un buen amigo de tus amigos.

—Vamos madre, no exagere, me ruboriza. Cómo se nota que soy su hijo. Que nadie la oiga decir eso. ¡Usted sí que se ha sacrificado por mí!

Juliana queda pensativa durante un rato. Y, de repente, dice:

—Recuerdo cuando naciste, en esta misma casa. Como bien sabes, fue el 3 de junio de 1909, era jueves. A finales de ese mes, en una de las visitas que nos hizo el médico, don Pedro, pues se llamaba igual que el difunto de tu padre, que Dios tenga en su Gloria, cuando tenías ya casi un mes, para ver cómo seguíamos tú y yo después de mi parto. Nos dijo a tu padre y a mí: «Este chico, tan cierto como que ayer fue mi santo y también el tuyo, Pedro», dijo dirigiéndose a tu padre, pues era el 30 de junio, el siguiente día al de san Pedro y san Pablo. Y repitió: «Este chico será maestro de escuela, pues, anteayer, lunes, día 28 de junio, por fin, el Gobierno de Maura ha establecido la enseñanza elemental obligatoria». Y, a continuación, dijo: «Esa decisión era el único camino para acabar con la explotación y el analfabetismo entre los niños de seis a doce años, que tendrán que acudir a una escuela pública o privada o recibir clases en sus domicilios. Los padres seremos los responsables de que se cumpla la ley y los ayuntamientos de publicar cada año la lista de los niños que, según el padrón, deberán escolarizarse. ¡Cuidado! Cada falta no justificada a la escuela se castiga con una multa que puede ir de los cinco céntimos a las veinte pesetas. ¡Ahí es nada!».

Y Juliana continuó contando la conversación mantenida con el médico:

—«Usted, doctor, sabe muy bien que muchos, la mayoría, aquí, no podríamos pagar esa multa. Aunque bien merecida estaría», dijo tu padre.

—Ni ahora, madre, tampoco podrían la mayoría pagar la multa, pues ni siquiera pueden vivir decentemente. Un jornalero, es decir, un trabajador

agrícola que no posee tierras o un temporero cobran actualmente, si es hombre entre 3,75 y 5,25 pesetas por día, si es mujer 1,75 y siendo un niño, que no debería trabajar, entre 1,25 y 1,50. Cuando yo nací, en 1909, cobraban entre 2,5 y 3,0 pesetas los hombres y una peseta las mujeres. Alguien, algún día, tendrá que arreglar esto.

Callaron madre e hijo mientras daban cuenta de las viandas habidas en la mesa.

2

Poco después, mientras Agapito, ayudado por su madre, prepara su equipaje, recuerda su niñez.

Apenas tiene recuerdos anteriores a los cinco años. Fue a partir de esa edad, que sus recuerdos lo llevan a sus días de clase en la escuela y sus visitas al campo para ayudar a su padre en los primeros años y, más tarde, a trabajar como jornalero, durante sus vacaciones, junto a su progenitor, desde los ocho años hasta los once.

Fue en enero de 1921 —«¡Maldita fecha!», piensa Agapito— cuando falleció su padre a causa de una neumonía que cogió (debido al aguacero que le cayó encima durante una tormenta en pleno campo y sin ningún lugar donde guarecerse), enfermedad que no pudo superar. Dejaba viuda y cuatro hijos huérfanos, la más pequeña, Gaudencia, con apenas dos meses de edad.

Agapito no había salido durante sus primeros catorce años de Alcubillas. Un pequeño pueblo con una población de dos mil habitantes, entonces, en su época más floreciente; hoy apenas llega a los quinientos. Situado en la encarnada altiplanicie del extremo occidental del Campo de Montiel, cuyo paisaje ha modelado el río Jabalón, y que se puede identificar como una «alfombra de tierras» de mil colores. Existe una gran campiña de viñas, además de rebaños de ovejas, y en el horizonte el cielo marca la pincelada del color del verano azul denso, del otoño rojo sólido o del invierno gris azulado. Este paisaje de acuarela lo descubrió Agapito paseando por los caminos tradicionales e históricos que unían a este municipio con los pueblos del entorno y se mantenía en las pupilas de Agapito.

Alcubillas es un caserío blanco y apretado con cierta morfología de calles medievales y con una vía de comunicación principal hacia Villanueva de los Infantes, cabeza del partido judicial, a once kilómetros, camino de Albacete y hacia Valdepeñas, de la que distaba veintiún kilómetros, camino de la capital, Ciudad Real, separada ésta de Alcubillas por 82 kilómetros.

Como en casi todos los municipios de la provincia, la plaza es un lugar de encuentro y allí se ubican el ayuntamiento y la iglesia.

* * *

Poco antes de las diez de la mañana, Agapito sale de casa. Dan las diez en el reloj de la iglesia, cuando, con un sol de justicia, pasa por la plaza. En uno de los bancos construidos de piedra, en el recinto exterior de la iglesia, reconoce, sentado, con otros chicos, a su amigo y paisano, pues es natural de Alcubillas, aunque vive en la capital, Heliodoro Ballesta, también maestro de escuela, de una promoción anterior a la de Agapito, que había venido de la capital a pasar los días de feria con sus familiares de Alcubillas. Se saludan y quedan, ya que Heliodoro vuelve a la capital ese mismo día, en que se verán en la parada del coche de línea, unos minutos antes de las seis de esa tarde, hora ésta en la que está previsto que pase el coche de línea procedente de Villanueva de los Infantes en dirección a Valdepeñas con parada intermedia en Pozo de la Serna.

Agapito continúa su andadura camino del cortijo de don Alfonso Rodríguez y Ponce de León que queda a unos tres kilómetros. Por el camino, recuerda que, a la muerte de su padre, faltando seis meses para acabar el curso escolar, de no haber sido por la ley de 1923 que aumentaba la edad obligatoria de escolarización hasta los catorce años de edad, en vez de la ley de 23 de junio de 1909 que la fijaba en los doce años, ese curso hubiese sido el último para él y su destino no habría sido otro que trabajar como jornalero del campo de por vida. Pero no, de momento seguiría dos años más yendo a la escuela, lo que le llenó de satisfacción. Así, Agapito siguió alternando sus estudios en la escuela de Alcubillas y los trabajos en las propiedades de don Alfonso.

Recuerda como en el verano del año 1924, después de que acabara sus estudios primarios, don Alfonso —ayudado por el abogado y secretario del Ayuntamiento de Alcubillas, don Jesús González y González— consiguió que, al curso siguiente, obtuviera una plaza como interno en un colegio de Ciudad Real y, más tarde, poder estudiar Magisterio en la Escuela Normal de la capital durante los siguientes cuatro años. Don Alfonso se haría cargo de todos los gastos que ello suponía como agradecimiento a la fidelidad y entrega durante la vida laboral de Pedro del Olmo, padre de Agapito, a la familia Rodríguez y Ponce de León y por los propios valores, trabajo y aptitudes de Agapito, redoblados después de la muerte de su padre.

Don Alfonso Rodríguez y Ponce de León, descendiente de la familia Ponce de León, una de las familias de la alta hidalguía que llegaron a morar en Villa Real, el antiguo Pozo de don Gil, que pasó a llamarse Ciudad Real en 1420, la «Muy Noble y Leal Ciudad Real», título que le concedió Juan II. Don Alfonso es una persona amable y educada, humanitaria y enemiga de la explotación de la clase obrera. Aunque sólo está ocupado y preocupado por su familia (tiene tres hijas), por sus negocios y por las personas que trabajaban para él, es un burgués, forma parte de esa minoría de élite,

predominantemente campesina, dirigente, en la provincia de Ciudad Real, que basa su primacía en la propiedad, en la riqueza y en el modelo de orden social, económico y político que se impuso en el siglo XIX, en donde el poder económico y político lo tenía la burguesía. Dentro de este grupo existían grandes diferencias desde aquéllos que ocupaban altos cargos y controlaban la banca y la industria hasta los que se dedicaban bien a profesiones cualificadas, al comercio y al funcionariado. Sin embargo, todos tenían en común un concepto de vida contrario a las revoluciones y reivindicaciones del proletariado, que no es otra cosa que la defensa del orden y la propiedad privada, y su oposición al intervencionismo del Estado en la economía y la sociedad.

Por lo general, los miembros de la burguesía en estos años gozan de una vida acomodada, donde los hijos están sometidos a una educación muy estricta y las mujeres, cuyo principal objetivo es el matrimonio, tienen escaso protagonismo público. Está mal visto que estudien y, por supuesto, que realicen trabajos ni actividades remuneradas, limitándose a acompañar al marido en determinadas situaciones sociales. Aparte de supervisar el funcionamiento de las tareas domésticas, sus ocupaciones se limitan a la costura, la pintura y la música en el mejor de los casos.

Como monárquico y burgués, don Alfonso simpatiza con el Gobierno del general Primo de Rivera, establecido como consecuencia del golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923.

El latifundio de don Alfonso se extiende por los manchegos términos municipales de Alcubillas, Villanueva de los Infantes, Valdepeñas y La Solana. La mayoría de los jornaleros del campo en Alcubillas, en edad de trabajar, lo hacen para don Alfonso y familia.

* * *

Llegando Agapito al cortijo, pregunta por don Alfonso y le indican las caballerizas. Agapito se dirige al lugar indicado.

—Buenos días, don Alfonso.

—¡Qué bueno por aquí! Hola, Agapito. Ya ves, chico, haciendo lo que dice el refrán, que «el ojo del amo engorda al caballo». ¿Qué te trae por aquí?

—Bueno, don Alfonso, se acabaron las ferias, se acabó el verano para mí y esta tarde regreso a la capital. Sabe que nunca me marcho sin despedirme de usted.

—Buen chico, buen chico. Supongo que pronto sabrás tu destino como maestro. Estoy seguro que tendrás suerte y conseguirás lo que quieras. Te conozco muy bien y sé que te lo mereces.

—Muchas gracias, don Alfonso, pero no es para tanto, hago lo que debo. Mas, todavía, no puedo hablar de destino, primero tengo que aprobar

la oposición, precisamente, marcho hoy a la capital para prepararme mejor y enfrentarme a ello en la Escuela Normal. Ya veremos lo que me depara el futuro.

—Recuerdo, querido Agapito, amigo mío, como, desde pequeño, compaginando la escuela con la agricultura y la ganadería, ayudabas a tu padre, primero y, como, después, has trabajado con ahínco todos los veranos desde que estudias en Ciudad Real.

—Gracias a usted he podido hacerlo, don Alfonso, por lo que mi agradecimiento hacia usted será eterno.

—Está bien, está bien, hijo. —Y pensó: «¡Magnífico muchacho!».

Pasaron la mañana conversando, recordaron juntos pasajes vividos años atrás y rieron con ello.

—¿Recuerdas, muchacho, no tendrías más de siete u ocho años, cuando entraste en la cuadra donde comían, en pesebres, las vacas y bueyes, y una de ellas intentó cornearte? Nos llevamos un buen susto.

—Naturalmente que me acuerdo. En un descuido de mi padre, me asomé al pesebre para ver si tenían piedra de sal para lamerla y una de las vacas arremetió contra el mí. Salí ileso, dado que la separación de los cuernos de la vaca era superior a la anchura de mi pecho y que, rápidamente, fui puesto a salvo por usted y mi padre.

—Creo recordar que otra vez, cuando llevabas de la cuerda a otra vaca a abrevar al pilón del agua, junto al aljibe, ésta te envistió por detrás y a punto estuvo de derribarte.

—Por supuesto que me acuerdo. Me hubiera atropellado si no hubiese corrido al ver, por el rabillo del ojo, que se disponía a embestirme.

—Y, también, hubo tristezas. ¿Recuerdas aquel potrillo que tanto te gustaba?

—Claro —dijo con tristeza—. Lo había visto nacer, me llamó mi padre de madrugada para ver el acontecimiento. Y lo visitaba casi todos los días mientras estuvo en el cortijo, lloré desconsoladamente cuando se lo llevaron una vez destetado.

—Pero gracioso de verdad fue cuando querías ser torero de ovejas.

—Bueno, eso sí que sirvió de buenas risas. Yo entré en los corrales de las ovejas, cosas de críos, empeñado en torear a una oveja que tenía cuernos, pero ésta no me hacía ningún caso; sin embargo, otra, sin cuernos, se lanzó hacia mí y me tiró por todo lo alto con el consiguiente susto de todos los presentes.

Agapito y don Alfonso hablan, también, más seriamente, de los distintos trabajos que había realizado Agapito en el cortijo y que siempre había hecho con verdadero interés y esmero.

Recuerdan como Agapito, durante la siega de las mieses, hacía gavillas con los haces que quedaban sobre el rastrojo y las transportaba hasta el carro para llevarlas a continuación a la era. En la era, Agapito, junto a los demás

jornaleros, dormía sobre un montón de paja, cubriéndose con una manta (de las llamadas mantas de Palencia) y teniendo como techo el cielo estrellado. Se levantaban al amanecer; extendían las gavillas de trigo unas veces o cebada otras sobre la era; enganchaban la mula al trillo y, subido a éste, Agapito daba vueltas y vueltas hasta acabar la faena. Ésta no era otra que separar los granos de las espigas para, después, aventar paja y grano revueltos con una horqueta, primero, y una pala, después, ambas de madera, para separar el grano de la paja. Terminado el proceso, la paja hecha gavillas se llevaba al pajar y el grano, en sacos, al granero.

Recuerdan otros acontecimientos surgidos en distintas épocas del año. Como la recolección de la uva durante la vendimia en las tierras de los márgenes del Jabalón, o la recolección de la oliva, ya en época de frío, previo vareado de los olivos, que posteriormente eran llevadas a las almazaras, para que se convirtieran, como principal producto, en aceite de oliva.

No dejan de hablar de otros trabajos en las fincas de don Alfonso, que dan trabajo a cientos de jornaleros en los campos de Alcubillas y zonas colindantes, tales como la plantación y recogida de las magníficas cebollas manchegas, del azafrán u otros vegetales; de la cría de animales, fundamentalmente de corderos, y de los quesos manchegos; sin olvidar los días de caza de liebre, conejo, perdiz, tórtola y codorniz.

Mientras charlan, se refrescaban con el agua de un botijo que la mantiene a una temperatura adecuada y agradable al paladar.

* * *

Don Alfonso mira su reloj y observa que casi es la una y media de la tarde.

—Con esta charla tan amena, se nos ha ido el santo al cielo y se ha hecho casi la hora de almorzar. ¿Supongo, Agapito, que tendrás apetito? A tu edad, chico, todo el mundo está hambriento después de haber desayunado temprano, como tú habrás hecho, supongo.

—La verdad es que sí, algo de hambre tengo. Mi madre ya tendrá la mesa puesta.

—No se hable más.

Hizo una seña a un mozo de cuadra, al que al acercase le dijo:

—Engancha una yegua a la tartana y la traes hasta aquí.

Después, se giró hacia Agapito y le dijo:

—El mozo te llevará a casa. El calor es insoportable al sol y más a estas horas, no puedes volver andando a casa.

—No importa don Alfonso, no se moleste —protestó tímidamente Agapito—. En todo caso, muchísimas gracias.

—Bueno, sé que eres un muchacho fuerte y acostumbrado a estos calores, pero no irás andando, primero, por el calor; segundo, porque el camino es largo y, tercero, porque como ves, te acompañan tus hermanas. Así que ¡subid a la tartana!

Agapito se despide educada y efusivamente de don Alfonso, quien le desea suerte en sus exámenes. Acto seguido, sube al coche de caballos, en donde ya están sentadas sus hermanas, María y Pilar. El carricoche se pone en marcha. Enseguida llegan a casa los tres hermanos, en donde les esperaba Juliana, su querida madre, con la comida preparada, y Gaudencia que está deseando empezar a comer.

Los tres hermanos, terminado el paseo en tartana, bajan de ésta y se despiden del conductor. Hablando y bromeando entre ellos, sonrientes y contentos, entran en casa, derechos a la cocina. Su buen apetito apenas les deja tiempo para saludar a su madre, los ojos de los tres se dirigen a la mesa, en mitad de la cocina, donde se encuentra una gran fuente de apetecible pisto manchego, entre otras viandas, preparado con mucho cariño por Juliana. El pisto es la típica comida humilde con la que los trabajadores del campo se alimentaban, aprovechando las verduras de temporada. Al pisto, Juliana le ha añadido la carne de un conejo que ella misma había matado esa misma mañana.

En general, las familias poco pudientes económicamente, especialmente las amas de casa, suelen practicar el trueque, acción de dar una cosa y recibir otra a cambio, especialmente cuando se trata de un intercambio de productos sin que intervenga el dinero. Juliana participa del trueque, utilizando los productos que recibe en especie del trabajo de Agapito y de sus hijas, así como los procedentes de los animales del corral para conseguir los productos que necesita de las tiendas de ropa personal o de casa, calzado, utensilios de casa, ferretería, de otros productos de alimentación, etc.

También es bueno y corriente en esta época ir a la tienda de ultramarinos sabiendo que el tendero te va a fiar, pues tiene tu palabra de que le pagarás en cuanto puedas. Porque «palabra de honor» no es un escote de vestido, es el pacto firme e indisoluble que nadie osa romper.

Después de la comida, durante la que la madre y los cuatro hijos hablaron de distintas cosas pasadas, las mujeres se dedican a los trabajos propios del hogar, mientras que Agapito se retira a su dormitorio para echar una ligera siesta.